

Fe y Obras

Homilía para el Primer Domingo de Cuaresma - Ciclo B 2018

Génesis 9,8-15; 1 Pedro 3,18-22; Marcos 1, 12-15

Rvdmo. Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

¡La paz sea con ustedes! ¡Bienvenidos a la Cuaresma! ¡Bienvenidos a nuestros cuarenta días de ayuno y oración con el Señor! ¡Bienvenidos a la jornada de fe que nos guía a seguir a Jesús de la muerte a la nueva vida.

Esa palabra "Fe" es el factor interpretativo – no sólo para la Cuaresma – sino para toda la vida cristiana. En realidad, sería bueno para todos nosotros recordar las tres preguntas que le hacemos a los que desean unirse a la Iglesia en el Rito de Aceptación celebrado en cada una de nuestras comunidades parroquiales.

La primera pregunta: ¿Cuál es tu nombre? La gente generalmente sabe su nombre. Es bien sencillo. La segunda pregunta: ¿Qué le pides a la Iglesia de Dios? La respuesta: Fe. La tercera pregunta: ¿Qué te ofrece la fe? La respuesta: La vida eterna. Permítanme ahora abrir cada uno de estos tres componentes en la vida cristiana.

Primero: Tu nombre. La vida cristiana no comienza con otra cosa más que tú. Pero esto no es simplemente acerca de quién eres ahora. No. Se trata de la persona que Dios creó para que fueras. Noten bien, en nuestro Evangelio, Satanás trata de alejar a Jesús de su vocación y su llamado. Satanás siempre está preocupado de presentar imágenes y espejismos del pasado – especialmente nuestros pecados del pasado y nuestras existentes tentaciones – ¿Pero Dios? Dios es totalmente lo opuesto. A Dios no le importa nuestro pasado. Dios se preocupa de nuestro futuro. Dios quiere que seamos la mejor versión de nosotros mismos. Él quiere que seamos la mejor persona que él creó para que fuéramos.

Un par de años atrás yo leí una entrevista con Stephan Curry – una de las estrellas más celebradas del basquetbol. ¿Cómo perfecciona su juego? En la entrevista él habló sobre la "memoria muscular." Literalmente, después de que la cancha queda vacía, Stephan Curry practica esos infames tiros de tres puntos desde diferentes partes de la cancha. Lo hace con una variedad de posturas y posiciones del cuerpo. Él explica que está creando "memoria muscular" para que bajo la presión del juego los músculos de su cuerpo "recuerden" cómo trabajar juntos a fin de hacer la canasta sin importar en que parte de la cancha él se encuentre.

Amigos, esto es incluso más cierto cuando se trata de la vida espiritual. Siempre comenzamos con quiénes somos – nuestro nombre – para que Dios pueda probarnos y entrenarnos – incluso a través de las tentaciones de la vida – para que podamos ser el gran hombre y la gran mujer que él creó para que fuéramos. Dios no sólo está formando una clase de memoria muscular "espiritual" en nosotros para que podamos escoger el bien y evitar el mal, sino que sus sacramentos nos proporcionan una dieta espiritual estable para que seamos constantemente alimentados y nutridos con su presencia – especialmente la Eucaristía. Pero él comienza con nosotros tal como somos con todos nuestros pecados y todas nuestras tentaciones y todas nuestras transgresiones asegurándonos su amor. De ahí la primera pregunta: ¿Cuál es tu nombre?

Esto nos lleva a la segunda pregunta: ¿Qué le pides a la Iglesia? La respuesta: Fe. Es prudente recordar en este 500 (quinientos) aniversario de Martín Lutero, que el escándalo de las divisiones cristianas tiende a depender de nuestra comprensión de esta palabra clave: fe.

"Justificación por la fe," tiende a ser el argumento que crece a partir de los movimientos de reforma centrados en el tema de si somos salvados por fe o por las buenas obras. Nosotros sabemos que cuando Martín Lutero tradujo la biblia a la hermosa lengua vernácula alemana él estaba viendo el mensaje de Romanos 3 (tres) a través de la pantalla de una traducción latina deficiente. Les ahorraré los detalles, pero la palabra en inglés justicia y justificación, justo y justamente provienen todas de la misma raíz griega: *dikaïos*.

En el contexto de Romanos 3, Martí Lutero – cuando tradujo el texto de San Pablo, de latín a alemán, insertó la palabra "solo" ("allein" o "alone") enfatizando lo que él pensaba que San Pablo estaba logrando, es decir, que la "fe" por sí sola nos "justificaría" a nosotros – no a las buenas obras. Por lo tanto, comenzaron las divisiones polémicas en torno a la "fe" que produce la salvación" o "buenas obras" que nos ganan la salvación.

Sin embargo, la investigación posterior de las Escrituras del griego original – investigaciones a menudo conducidas por eruditos protestantes – sugieren que el griego original de San Pablo estaba tratando de captar una comprensión mucho más judía de la salvación. El núcleo de San Pablo – rabino por entrenamiento – fue que Jesús cumplió la alianza del Antiguo Testamento tanto para los hebreos como para los griegos. La salvación no se trata tanto de un atributo de justificación y justicia que adquirimos de Dios. Se trata del atributo que Dios tiene ante toda la humanidad. Como resultado, la salvación no es sobre cómo somos salvados, sino que quién se salva.

Las "obras" de Romanos, entonces, no tratan de ganar nuestro camino al cielo. Tratan de acercar el cielo a la tierra. Noten bien: para los católicos, el Catecismo de la Iglesia Católica registra las obras de misericordia espirituales y corporales bajo el séptimo mandamiento "No robar."

El catecismo continúa citando a Santo Tomás Aquino en su *Summa Theologiae* 2.2.66.7, indicando que "de acuerdo a la ley natural, los bienes que algunas personas retienen en superabundancia deberían ser usados para el mantenimiento de los pobres."

Santo Tomás Aquino cita entonces las propias palabras de San Basilio, "El pan que estás reteniendo del hambriento, la ropa que mantienes guardada para el desnudo, los zapatos que se están pudriendo por no usarlos son para aquellos que no los tienen, la plata que guardas enterrada es para los necesitados." Por lo tanto, eres culpable de injusticia hacia todos los que pudiste haber ayudado y no lo hiciste."

"No robar." Nuestra incapacidad de alimentar al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, dar albergue a los desamparados, consolar a los enfermos, visitar a los encarcelados y enterrar a los muertos significa que les estamos robando a los realmente pobres. Nuestra incapacidad de instruir al ignorante, aconsejar a los dudosos, corregir dócilmente al pecador, tolerar los errores con paciencia, tener voluntad de perdonar las ofensas, consolar a los afligidos y orar por los vivos y los muertos significa que estamos robando a los espiritualmente pobres.

Esto quiere decir que nuestras buenas obras no son tanto sobre cómo somos incluidos en el cielo, sino cómo incluimos a los demás dándoles el sabor de nuestra fe incluyéndolos a través de nuestras "buenas obras" aquí en la tierra. La fe y las buenas obras no son competitivas. Son complementarias. Para los más pobres y marginados en nuestro medio, son un anticipo de la vida eterna.

"La vida eterna." Esa es la respuesta a la tercera pregunta. "¿Qué te ofrece la fe?" La respuesta: "La vida eterna."

Muy a menudo cuando escuchamos esta frase la vida eterna, comenzamos a pensar sobre cómo esta vida se extiende a la nueva vida. Para todos nosotros, es difícil imaginar la muerte. Es más difícil todavía mirar un crucifijo tan prominentemente expuesto en los espacios de servicio católico e imaginar esta clase de muerte en particular – muerte en una cruz.

Sin embargo, la vida eterna no es acerca de que esta vida se extienda a la siguiente. A través de la liturgia – especialmente la Eucaristía – se trata de la "vida eterna" que irrumpe en esta vida: nuestra vida cotidiana. En su libro, "Violencia Revelada" el notado escritor y erudito Gil Bailie sugiere que Jesús muere en una sangrienta producción de pantalla grande para que nosotros no tengamos que pasar por lo mismo. Jesús toma para sí mismo toda la disfunción, toda la violencia, todo el sufrimiento, todo el mal que el mundo tiene que ofrecer y – por su resurrección corporal – muestra que esta vida no tiene la última palabra.

El problema no es que la muerte de Jesús no haya sido eficaz. El problema es que nosotros actuamos como si nunca sucedió. Continuamos nuestras pandillas y nuestra violencia. Continuamos nuestras guerras y nuestras injusticias. Continuamos frente a la cara del hambre, los desamparados y los refugiados. Permitimos que nuestro silencio, nuestro aislamiento, nuestra distancia de nuestros seres queridos vaya sin control. Continuamos en pecado. Nos carcomemos en nuestras tentaciones.

Sin embargo, el permitir la "vida eterna" de Dios en nuestras vidas diarias significa que la muerte, en sus muchas formas, no tiene la última palabra. La última palabra es "Jesús." La palabra final, la tercera respuesta, es "vida eterna."

Amigos que están por unirse a la Iglesia: Esperamos su llegada para disfrutar este anticipo de la vida eterna mediante el recibimiento de los sacramentos – especialmente la Eucaristía – y nosotros rogamos que en el tercer, cuarto y quinto Domingos de Cuaresma nuestras oraciones por ustedes los fortalezcan por cualquier tentación que encuentren en el desierto de la vida cotidiana.

Para todos nosotros presentes aquí ahora, espero que todos tomemos esta oportunidad durante estos cuarenta días de Cuaresma para hacernos las tres preguntas claves que se le hacen a las personas durante el Rito de Aceptación al comienzo de su jornada cristiana. ¿Cuál es tu nombre? ¿Qué le pides a la Iglesia? ¿Qué te ofrece la fe? Mi esperanza y oraciones son que dondequiera que estemos en nuestra jornada, veamos a Jesús, de nuevo, quien es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. ¡La paz sea con ustedes!